

Dr. MODESTO CHAVEZ FRANCO
CRONISTA VITALICIO DE GUAYAQUIL

BIOGRAFIAS OLVIDADAS

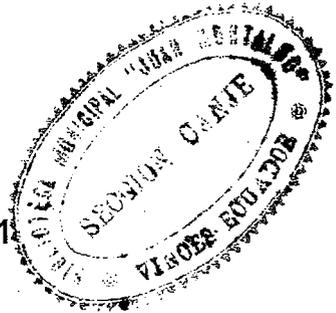
DON FEDERICO V. REINEL

Un maestro de energías—Su obra en Guayaquil

“EL GRITO DEL PUEBLO”

Heraldo del diarismo moderno.

1895 — 1911



Esta biografía es parte del libro inédito "Biografías Olvidadas", del Dr. Chávez Franco, Cronista Vitalicio de Guayaquil. Y Jacinto Jouvin Arce, propietario de la empresa "La Reforma", dedica, en unión del Autor, esta edición especial, a la memoria del que fué su maestro común, don Federico V. Reinel.

El Dr Prodesto Chavez Franco envia a la
Biblioteca Municipal "Juan Montalvo"
Tijeras, Agosto de 1946



DON FEDERICO VICTOR REINEL.

Don FEDERICO VICTOR REINEL

Un maestro de energías—Su obra en Guayaquil
"El Grito del Pueblo", heraldo del diarismo
moderno.

Ubi bene, ibi patria. Voto por este aforismo cosmopolita; lo estimo naturalísimo y justo. Cualquiera sea la tierra que nos sustente y sus habitantes que nos estimen y ambiente que nos dé bienestares que quizá el solar nativo no pudo darnos, patria es ella y a ella se vincula nuestra alma y hasta nuestro cuerpo se nacionaliza, puesto que todo su vestido celular en ella se renovó totalmente cada siete años, según biología y fisiología.

Si vale este fundamento, vale también afirmar que esta biografía —que andaba camino de ser olvidada— tiene gran derecho a entrar en mi galería, si los merecimientos y servicios del sujeto están en la conciencia popular que no siempre se expresa en papel impreso.

Don Federico V. Reinel fué colombiano. Poco supe yo de sus primeros años ni ello interesa a mi objeto, que ha de limitarse a la obra del hombre maduro que conocimos en Guayaquil. Sábese que muy joven se desarrolló entre yanquis o ingleses y entre nieves, brumas y tormentas, en trabajos rudísimos en uno de los páramos más altos e inclementes de la cordillera andina: "Cerro de Pasco", Perú; construcción

de una vía férrea o explotación minera. Allí se formó el carácter: disciplina, exactitud, seriedad, energía, valor personal, constancia, lucha, sobriedad, organización y método, administración rigurosa, optimismo, camaradería sana y alegre a horas estrictas de reposo, y mil cualidades más, elementos de triunfo en cualquier arma con que la vida quiera probar a su soldado. Todo esto envuelto en un sonoro y enérgico inglés de campamentos y oficinas, bien atado con músculos y nervios de inteligencia, practicismo, experiencia del mundo y de las gentes, espíritu de empresa, tenacidad de pionero y audacia de cow-boy, fué el avío con que del páramo bajó al llano el ya hombre mozo, para de tumbo en tumbo por riscos y precipicios, acomodarse de aprendiz agente de seguros de vida en La Equitativa, bajo el ejemplo, lecciones y afectos de un compañero de oficio que quizá ignoraba entonces que su horóscopo lo llamaba a ser Presidente del Perú: Don Augusto B. Leguía y Martínez.

Leguía vino a ejercer en Guayaquil por los años 94 a 95. La oficina estaba en una casa fronteriza a la Plaza de Abastos, entonces anexa a la Casa Municipal, calle Pichincha. Era empleado de Leguía, Alvaro Llona, compañero de nuestro grupo literatizante: los Gallegos del Campo, Ampuero, Zevallos, Paz, Ortiz Navarro y otros de que me ocupó en otra de estas biografías, mocitos todos de 15 a 20 años, el que más.

Alvaro consiguió de Leguía que permitiera una que otra noche sesionar al "Círculo Literario Guayaquil" que habíamos fundado, en un salón de dicha Agencia. Leguía era alegre, juvenil, parrandero, y con frecuencia entraba a nuestro salón, se instalaba en sesión, discutía con nosotros las mociones, se consideraba socio, bromeábamos todos y acababa él (el único de posibles) por llevarnos a tomar chocolate en "La Española", del *chino Luna*, saloncito de moda en la calle Luque, en donde hoy "La Palma". Los doctores Fausto Rendón y César Borja, médicos de "La Equitativa", sabios y graves, también nos eran propicios y sus consejos o correcciones nos estimulaban cuando alguna de sus labores los llevaban a coincidir en ese despacho con nuestras *solemnnes sesiones*.

A poco de esto vino ya el discípulo a reemplazar al experto que pasaba a mejor plaza. Vino Reinel y se fué Leguía. Reinel venía a espigar difícilmente en un campo recién cosechado por su antecesor, y qué trazas se daría no lo sabemos para en pocos meses ser el camarada más buscado por todo el brillante mocerío de entonces: los Noboa, Luque Plata, Caamañó, López, Baquerizo, Aguirre, Aspiazu, Icaza, Elizalde, Puga y una docena más de tenorios y mosqueteros, pesadillas de padres, tentaciones de chicas, quitasueños de vecinos y protectores de los polizontes, no se veían completos en bailes y parrandas sin el *cholo Reinel*, a quien por primera vez quizá pusieron bajo la armadura de frac, sombrero de copa y guantes finos. Blanco era Reinel y de faz, más que hermosa, atractiva por siempre risueña y franca; pero en verdad que sobre su pelo negro, abundante, grueso y rectilíneo, el sombrero de tubo le caía como a Juárez o a Stalin.

Si hizo o no hizo muchas pólizas, hizo lo mejor en relaciones sociales para una nueva plataforma, y así provisto cambió los seguros de vida por seguros de amistad y en vez de asegurar vidas ajenas se decidió a asegurar la propia.

Los Calendarios—Nace "El Grito del Pueblo"

Si soñaba ya en su obra magna, en la obra definida a que todo humano debe aspirar, no lo sabe este biógrafo; mas es lo cierto que por la imprenta se encaminó y comenzó por una bagatela, pero con innovaciones tales, que los cuatro reales que hasta entonces se ganaban en docena los impresores de calendarios vendiéndolas a 0,70 para dejar los 0,30 al revendedor, en manos de Reinel fueron 4 o 5 o 10 sucres en docena y las docenas eran gruesas. El secreto? Qué se yo! Formatos, anuncios, reclamos, simpatía, actividad... de todo un tanto y sus calendarios cundían como moscas y la imprenta rechinaba en incesante rota.

La campana de los ciclos cumplidos tocaba a rebato a los liberales y a difuntos a la insoportable tiranía despótica y argollista del partido Conservador, viejo ya de 30 años en su última alternativa. Los periódicos satíricos, "El Cáustico" a la cabeza, y los serios, nacían como setas, atrevidos, combativos y tan osados que hasta solían pregonarse por las calles, esbozando así la nueva modalidad y el ramo de los suplementeros.

De pronto salta al circo un gladiador nuevo: 22 de Enero de 1895. Era el minuto propicio de Reinel, cuyo escudo llevaba la eufémica pero enjundiosa divisa de "El Grito del Pueblo". Grito que resumía el clamor del pueblo: Deshonra nacional! La Bandera Sagrada vendida! Gobierno traidor a la Patria! Abajo el Conservatismo! Viva la libertad! Viva el partido radical! Venga Alfaro! etc.

Ya Reinel se sentía ecuatoriano, pero eso no bastaba ni él pretendió nunca arreglar casa ajena. Chiquito el Grito, pero grito agudo y múltiple, ecuatorianos viejos y jóvenes, seleccionados entre fervorosos y experimentados, eran los que nutrían sus cuatro llanas con artículos condensados, comprimidos como los más fuertes explosivos.

Hasta entonces, salvo esta esporádica ocasión circunstancial, la prensa seguía fiel a la vieja escuela: el periódico era dómine severo, austero filósofo de cinco columnas por tema, con aforismos de Roma y Grecia, latines al por mayor y sentencias inapelables de Platón, de Sócrates, de Aristóteles o de cosecha propia, cuando no del Quijote, Pero Grullo y Sancho Panza.

El periódico no era un pordiosero, no podía descender a ofrecerse en la calle, por un real. Su magestad sólo hablaba desde el solio y sus pitonisas desde sus trípodes. A lo más, era vergonzante, se vendía en tiendas-agentes, o en su propia imprenta, o se servía a domicilio en suscripciones mensuales. Ese relajo de pregón callejero quedaba para los periodiquitos satíricos, como "El Perico", que hacía desternillar de risa a todo el público.

Pero "El Grito del Pueblo" se lanzó a la calle: a gritar iba, su palenque era ese. Decidido y audaz se iba a fondo en los propósitos. Formó el primer grupo de *canillitas*. Callejón de Loja, casa del señor Echanique, por donde hoy casa del doctor Maldonado Cora, un cuartito oscuro, una prensa de pié Liberty N° 4 y unas pocas cajas de tipos, todo el equipo.

Muchos redactores y colaboradores, todos ecuatorianos, todos liberales, todos decididos a todo.

I Reinel, ¡era de verlo! En medio de un triple círculo de pilluelos y de hampones, enseñándoles *por nota* como un maestro de solfeo, los pregones y sus tonos con que habrían de aturdir en las calles gritando "El Grito" y sus gritos.

—Así, muchachos, así! Este es el boletín de pregones. Apréndanselo de memoria los que no sepan leer! A todo correr, de las Peñas al Conchero, del río a la sabana, de las calles a los dormitorios! El Grito del Pueblo a medio! I ya saben: dos centavos son para ustedes y tres para El Grito. Este no es un negocio; es todo servicio al pueblo! A medio El Grito! A medio!

I salía esa turba bullanguera a despertar toda atención con mentiras o verdades abracadabranes, muchas de su propio ingenio. Hubo quienes se especializaron tanto que se hicieron célebres.

—A medio ese periódico? Qué barbaridad! Pero ese hombre está loco? Cómo puede ser eso?— se preguntaban los diaristas de la vieja escuela.

Ese era el misterio. Se había fundado el periódico-empresa. Pero..... no hay cosa honesta de la que no se haga abuso. Cuánto lo hemos sufrido después!

Fué El Grito uno de los más eficientes zapadores del régimen terrorista. Muchos redactores salimos al destierro o sufrimos prisiones con adición de grillos

y otros martirios; pero unos reemplazaban a otros en interminable cola, con nuevos ardores. Estaba escrito.....

Reinel se escabullía habilísimamente y todos sus amigos y sus lectores eran sus cómplices, ocultadores o abogados.

EL GRITO se agranda

Ya no bastaba la Liberty 4 ni su auxiliar la 3. Un salto del callejón Loja a la calle del Teatro, hoy Pedro Carbo, casa de don Manuel de J. Noboa, entre Ballén y Aguirre junto al viejo Teatro Olmedo. Vicentito Noboa, hijo de don Manuel y uñicarne de Reinel era dueño de una buena imprenta, bien surtida de tipografía y con una prensa Marinoni u otra marca. Prensa horizontal, con cuna para cuatro planas de tiro y retiro, movable a brazos con catalina lateral, de la que se hizo cargo el infatigable *ruedista* Saquisela, cuyo nombre y fama aún son legendarios en el oficio.

Cinco, seis y hasta ocho páginas! Un aborto! I *a medio* El Grito, sinembargo! Ese hombre era un Cagliostro! I diario de la mañana! Figúrense ustedes! Qué vida de lechuzas las de esos hombres! I a las 5 de la mañana, a medio El Grito del Pueblo! Con las últimas noticias de la madrugada! —El Grito, a medio!

Ya estaba la empresa! El secreto de su mecanismo cronométrico y polifácico? Tratemos de explicar este sistema cooperativista que Reinel implantaba: Los suplementeros eran partícipes de 2/5; los consecutores de anuncios lo eran en un 0/00; los colaboradores se pagaban a proporción de su valía; los redactores y reporteros sí tenían sueldos fijos y puntuales, gozaban de descansos alternos, de cenas succulentas a media noche, de convalecencias con sueldo

si las habían menester; de atención médica, de suplidos en cualquier tiempo, y todavía, con generosidad de antiguo caballero para sus huéspedes, Reinel cuidaba de que el Cajero hiciera poner en cada mesa de redactor nocturno buenas raciones de sus vicios menores. Por ejemplo: a don Manuel F. Horta, escritor portugués, reconocido por todos como el maestro de los diaristas, no le faltaba una botella de su vino do Porto, de donde el vecino paisano don Claudino Roza que importaba legítimos vinos de Coimbra, Oporto, Santarem o Evora; en la de José Antonio Campos no faltaban dos o tres cajetillas de cigarrillos habanos Partagas, o Corona, o Negro Bueno, Cuba Libre, Zumalacárregui, El Sibonei, Carolina, Legitimidad, Estanillo u otros de cien marcas de legítimo tabaco de Vuelta Abajo que en lindas cajetillas policromas e ilustradas, de 16 cigarrillos de exquisitos sabor y aroma, comprábamos, ¡ay! hasta los escolares de aquellos felices tiempos..... a medio el mazo! Como El Grito del Pueblo. Aún no nos monopolizaba el progreso.

Junto a los cigarrillos de Campos y cigarrotos de Horta, un plato de sandwichts para abrir boca hasta la media noche; y allá en lontananza, en un armario cuya llave guardaba celoso Teodoro Jaramillo el paciente cajero y proveedor, unas botellas de coñac, de whisky, anisado de España o Ginebra, para casos especiales, generalmente de frío al amanecer y para entonar la trasnoche.

Hasta la mesa de este aprendiz que todavía no aprende, quien de regreso de su prematuro destierro, con el que a los 18 abrilés le dió el Gobierno el espaldarazo de ciudadano, fué llevado por Reinel al Grito, como mártir consagrado y probado paladín demoledor de las murallas del oscurantismo (!) Hasta en esa mesa vecina a la de Campos con quien compartíamos nuestros gustos, estaban los objetos de los parques míos de entonces: cigarrillos, vinito, pasteles..... I así en las de Vicente Paz, Emilio Gallegos, Juan José Aguirre, Miguel Luna, etc., como en la vasta mesa central que llamábamos la "carroza di

tutti", en que turnaban colaboradores accidentales, reporteros, amigos nocherniegos nuestros y de nuestras cenas.

A las doce de la noche hacían su entrada solemne dos mozos del salón "Los Tres Mosqueteros" (esquina Aguirre y Teatro (hoy Pedro Carbo) llevando grandes charoles y canastos con bistecs, yapingachos, tallarines, etc., etc., y una docena de cerveza de la misma fábrica que hoy, pero de cebada y lúpulo ve-races que entonces el querido Mr. Maulme la vendía a 0.30, a elegir: blanca, rubia o negra. En su salón, Plaza Rocafuerte, donde hoy Begué, y luego en el otro donde hoy La Colmena, el vaso valía 0.10 acompañado de 3 mantecosas rosquitas y sendas tajaditas de queso criollo, para abrir apetito y boca.

Suspensión de labores por media hora. Bromas, risas, camaradería; Reinel el más alegre, y vuelta a la noria hasta la hora del despertar de los gallos en que íbamos a dormir hasta las once.

Los reporteros eran tres o cuatro de planta y mil espontáneos. A los primeros se les daba prima o propina extras cuando aportaban algo sensacional o se llevaban la primicia en la información y los detalles. Los segundos, en análogos casos y según su clase, se los gratificaba también. Allí todo se pagaba y bien; ese era el secreto nunca visto en la vieja prensa orgullosa, espetada y romántica, como dama cortesana de Luis XII. I todos éramos compañeros, entusiastas aupadores de la obra común, abejas de la colmena que en verdad nos sustentaba.

—Compañeros: esto no es mío; es de todos; ustedes ven y saben que yo no me guardo un real. Esto es un gran pan que todos amasamos para repartírnoslo, después de haber dado al público el espiritual y patriótico que le corresponde.

A la obra, pues, con amor al Diario, con fe en su progreso, con esperanza en nuestros esfuerzos. Esta es nuestra casa mientras podamos pagarla y aquí es-

tán nuestro pan y nuestro abrigo. Amemos nuestro segundo hogar; mejor dicho, el primero, pues que de aquí sacamos para sostener honrosa aunque sea modestamente el social.

Era esta la admonición diaria, el Padre nuestro al trabajo, el Lah-Ilah-I-lah- Lah, Mohamed Resul-Alah de nuestro Almuecín.

Viene aquí adecuadamente una revelación de carácter personal, de un hecho al parecer baladí, pero que en las vidas de los escritores toma cierta importancia, al menos para tantos y tantos que leyeron a los populares pseudónimos de Jack the Ripper y El Amigo Fritz, durante algunos años.

Esos dos pseudónimos nacieron en El Grito del Pueblo, año 1896, y nacieron así:

A Campos como a mí nunca nos dejaba ser serios como correspondía a dos escritores de *aspiraciones*, una musa traviesa, juguetona, irónica e insurgente que teníamos enclaustrada por peligrosa en una de nuestras más recónditas entretelas: Nos poníamos a escribir algún apostólico artículo con toda la severidad de un don Domingo Elizalde Vera, cuando a lo mejor..... zás! Taboada o Pérez Zúñiga se entremetían con Campos, o Vital Aza y Larra me echaban a perder el tono en el mío.

Era entonces que Campos, para dominar su editorial, cogía su manojito de cuartillas y pasándomelas a mi mesa me decía:

—Vea, Chávez: acabe esa humorada, que ya me están reclamando el editorial y no he podido escribir ni jota porque me fuí por otro camino. Caramba! Esto de escribir sobre temas obligados no está en mi carácter!

I yo concluía el artículo o la versaina, fiel al trazo que le había impuesto Campos.

A mí me sucedía igual y hacía otro tanto con Campos, con el mismo resultado de indiscrepante unidad de fondo y forma. Reinel reía estruendosamente de nuestras travesuras, y averiguando por los autores se enteró de esta unidad hipostática y nos dijo:

—Por qué mejor no elije cada uno de ustedes un día de la semana y se hala solo su artículo? Así tendremos dos días festivos en vez de uno. Elija cada cual su pseudónimo.

I Campos eligió el de Jack the Ripper. (Jack el destripador), terrible personaje misterioso que entonces asombraba al mundo con sus crímenes inexplicables y nunca descubiertos el autor o autores. Algo peor que Landrú el moderno, con la especialidad de ser todas sus víctimas femeninas y heridas en el vientre y extraídos los intestinos. ¿Era un loco vesánico? Era un científico obsesionado? Creo que no se supo nunca.

—I el suyo, amigo Fritz?

—Pues El Amigo Fritz; bien está.

Con Reinel nos llamábamos mutuamente: Amigo Fritz. Yo, a él, por germanizarle su nombre, y él a mí en alusión a un personaje muy simpático de una obra de Hermann-Chatrian, El Amigo Fritz, que era amigable componedor de todo asunto familiar, siempre festivo, ironista y crítico acervo pero con el tino exquisito de nunca reñir con nadie, salir siempre airoso y ganando simpatías.

I así se crearon nuestros pseudónimos y con ellos seguimos alternando, aunque procurando ya diferenciarnos en temas y estilos para no ser monótonos, cosa que nunca pudimos conseguir del todo, tal era nuestra paridad en el modo de ver las cosas de nuestro ambiente. Años seguimos así, aún después de haber pasado ambos a servir en "El Telégrafo" con don Juan Murillo y don José Abel Castillo, en una de las temporadas de ausencia de Reinel.

Esos artículos y versos de promiscua pluma puede el curioso investigador hallarlos en "El Grito", año 1896, de Junio para adelante, y muy zahorí tendría que ser quien lograra determinar en qué punto concluyó el uno y siguió el otro. Sin embargo, el intransigente analista M. J. Calle, escribió de nosotros: "Al parecer se confunden estos dos geniales festivos, pero en realidad difieren. Campos es un plumón de paloma que acaricia y cosquillea en la epidermis, provocando la risa del propio sujeto. Chávez usa una sutilísima aguja de ironía que penetra a los más profundos y delicados tejidos, talvez sin que el sujeto se percate de que es en su cuerpo que penetra; y ríen él y ríen todos pero con la maligna sonrisa que provoca el acierto en el ridículo".

En la catástrofe del 96

I nunca más aterradora ocasión para probar esa unión, ese afecto del personal de El Grito a su periódico y del Director a sus compañeros, que la del horrible incendio de Octubre de 1896. Allí, más que nunca, se apreció la energía titánica de ese hombre en vela por varios días; su legítimo valor, su estoicismo ante la catástrofe, su fulminante percepción, sus arbitrios rápidos y múltiples; su altruismo inagotable y todo ese cúmulo de cualidades heroicas que en otros casos llevan a la inmortalidad a los protagonistas de una tragedia.

La incertidumbre, el dolor, la angustia, el terror, anonadaban a todos los habitantes de Guayaquil y hubo instantes en que el taller mismo de El Grito lo creímos condenado a prenderse. Pero Reinel estaba en medio, nervioso pero sereno como un capitán en naufragio, dando sus órdenes, enérgico y ecuánime, sin titubeos, atento a todo detalle de los que en tumultos venían de la inmensa hoguera que avanzaba en cuadro de apocalipsis.

—Calma, compañeros. No abandonemos nuestros puestos. Atiendan a sus familias para ponerlas lejos; eso es todo lo que puede quedarnos. Si perdemos los hogares de allá, salvemos éste que es nuestra arca de granito en este mar de fuego. Aquí tendremos pan mañana y pan y abrigo tendremos para los nuestros, si salvamos nuestra tahona. Yo lo garantizo. Firmes, compañeros! Animo, hermanos, que Dios aprieta pero no ahorca! Yo tengo el *pálpito* de que salvaremos y El Grito saldrá mañana y nuestras golondrinas y nuestros halcones nos traerán los granos y las presas a través del campo de desolación.

I así fué. Sólo el indispensable tiempo para poner en salvo la familia y lo salvable en la zona cuyas puertas estaban marcadas todas por el destino..... I al Grito otra vez! I El Grito conservó el pan de los autores de sus días, de redactores a suplementeros, y abrigo nos dió a los que sin él quedamos, pues, precario y todo, allí tuvimos cobijo mientras el rescoldo del enorme cenicero que era Guayaquil en su mejor mitad, nos permitiera levantar las toldas de campaña, los galpones o los quioscos en la reconquista de ese campo de asolación y penas.

Este Cronista recuerda, en agridulces remembranzas, que en económica estrechez de submarino logró colocar un coi de viaje debajo de la prensa cuya gran mesa horizontal de vaivén en que se encunan las *ramas* para el tiraje, le iba y venía a cada rotación a una cuarta sobre el cuerpo acostado en recto inalterable ni aun dormido, so pena de ser aplanchado o descabezado al menor impulso inadvertido de súbito alzamiento.

Otros aquí y allá como en furgón de heridos de guerra, tendían y alzaban en turno sus colchonetas para ceder sitios a la utilería o al tráfico que se los habían prestado para un precario descanso. Un cuartito alto con que se había ensanchado la Redacción, nos dió mejor acomodo por otros días, hasta que recuperado nuestro habitual buen humor de mozos, lo hici-

mos casino, dormitorio, redacción y salón de chistes y bromazos, todo en una pieza, pieza no más grande que el cajón de un automóvil.

Fué la crisis benéfica de El Grito que quedaba como el fénix de los diarios. Para libros habría con relatar su multiforme obra tras esos angustiosos días; pero la colección de sus números está allí, en la Hemeroteca de la Biblioteca Municipal de Guayaquil, para revelar a los nuevos los prodigios que el esfuerzo y el ingenio conjuntos bajo una sabia dirección logran realizar.

A líneas y recursos de tipografía, grabados en madera y cien arbitrios más se suplía la ausencia de medios de graficación. Todo escaso, todo caro, todo difícil y tardo, y los voltios cerebrales elevados al máximo para contrarrestar la adversidad y triunfar y triunfar, con el gozo sano e infantil y la satisfacción honrada de servir a todos y ver nuestro Diario considerado en esa calamidad como una providencia, como un amparo fuerte y diestro, como un curador de intereses de todo menesteroso, como un informador universal, un abogado de todo conflicto, una pública proveeduría de ideas y de cooperación pronta y afable.

Sus iniciativas y polémicas operaron en gran parte para la reforma previsor de la zona destruida y en la modificación de la arquitectura y materiales en la reedificación. Las muchas y prestigiosas vinculaciones de Reinel en el Perú, que las puso en acción con un centenar de cablegramas y cartas, contribuyeron no poco a acelerar y aumentar el primer contingente de auxilios en víveres, ropas y otros menesteres que el Gobierno y pueblo del Perú enviaron en una de sus naves de guerra. El Grito, en tanto, promovía aquí suscripciones entre los indemnes, y su local era como una feria en donde los damnificados iban a recibir algo.

Crece El Titán

El Grito se preparaba un traje nuevo y sus actividades reclamaban otro escenario más amplio y propio. Poco tiempo después adquiriría Reinel un solar en la calle Aguirre, entre Escobedo y Chimborazo, y luego, sobre unas bases de su invención, pues en todo era así, testarudo y original acertado, alzó un bonito edificio, pequeño pero bastante: "Parva propria magna, magna aliena parva", dice el aforismo: "Lo propio pequeño es grande, lo ajeno aunque grande es pequeño". Emancipación de arriendo, elementos propios, libertad de disposición. Excelsior y arriba! Más apuros? Más problemas y conflictos? Bah! —Dinero nunca falta al que lo busca con fe y con tesón, amigos míos. Yo vendo el sombrero para comprar zapatos y el saco lo cambio por tres camisas hasta ganar con ellas otro sombrero y otro saco. (*)

I así era. La más abrumadora alarma caía en el frontón de su cara plácida, y rebotando desde su sonrisa, salía convertida en una solución: Teléfono, amigos, una carta, un papelito con su letra grande, clara, abierta, franca, sin dudas para ningún grafólogo, solucionaban el apuro. En los más álgidos casos un instante de concentración, un nubecilla por el entrecejo suspendido y todo pasaba y el *eureka* surgía como paloma mensajera de la voluntad y el pensamiento.

—Mi descanso es pelear, dijo un poeta que no he leído; y mi paciencia es de chino, mi fé de musulmán y mi terquedad de aragonés. Si el mañana no se empeña, el hoy no come y el hoy que come es dueño del mañana que ha de trabajar para el pasado.

Así era su filosofía, machacona, pero práctica.

(*) I fué El Grito el primer periódico que alzó edificio propio, en el Ecuador, pues "La Nación", si bien funcionaba en local suyo, era bajo la casa de familia de su propietario, don Juan B. Elizalde.

La casita nueva se alzaba aprovechando cada pulgada de su pequeñito solar, y en milágras de robo al espacio alto se hacía de 3 o 4 pisos, desvancito por aquí, altillito allá, pasillitos y crujiás, escaleritas de a bordo y tabiques de reservados, todo y todos íbamos cabiendo en el armario, llamado con infantil petulancia: Salón de Honor, Oficina de Dirección, Sala de Redacción, Hall de repórteres, Administración, Información, comedor, habitaciones reservadas del Director, habitaciones de redactores y huéspedes (figúrense ustedes!) y planta de los talleres! Ah, los talleres! El vientre del diario! Las Usinas! no sabíamos cómo llamar a la planta baja en que señoreaba una nueva rotoplana, penúltima palabra tras de la rotativa. Flamante el arsenal graficador, uniformados los tipógrafos, uniformados los suplementeros y uniformes todos en el creciente cariño y entusiasmo por nuestro Grito.

El formato y distribución fué materia de estudio en conclave, extensión de secciones, de escritos, variedad estética de tipos, adornos, avisos, etc., etc., la epigrafía sobre todo, la titulación llamativa, sintética, resaltante en su oportunidad, todo eso dió la pauta de la prensa del futuro.

Por supuesto que el Sansón Saquisela ya no daba vueltas al molino. Olvidamos si había ascendido o cambiado de oficio o de empresa. Ahora era Edison, recién llegado, quien hacía andar el multifácico reloj y nos hacía olvidar si trabajábamos de día o de noche. Lo que recordamos es que todos andábamos con una pantalla verde en los ojos y en la calle se nos antojaba ver amarillentas a las gentes. La ilustración del diario traía frenético a Reinel. El fotografiado, en el exterior mismo no era todavía cosa resuelta como rápida y barata. Pues venga lo que hay, cueste lo que cueste. I de Norte América venían clichés de celuloide y de zincografía, al azar, y aquí se les aplicaba textos. De Lima litografías de plana entera, de los talleres de Fabri Hnos.

Imposible seguir al paso al que va en avión. Reinel se enclaustró, colgó sus trajes seculares y fuera del Grito no había ni suelo ni distracción para él. Sus propios turnos de 3 horas de sueño, 3 de vigilia, una para baño y toilette, tres de sueño, tres de vigilia, cuatro de sueño, cuatro de vigilia, era su reloj invariable. Las de trabajo eran para financiaciones, correspondencia, recepciones, recorrido y vigilancia de todo el edificio, charlas cortas con redactores o amigos y entradas y salidas a la redacción. El no escribía ni sabía nada que no fuera lo de sus radios, pero su sagacidad, su *olfato*, su intuición certera, inspiraba a todos e infundían el alma y el carácter del periódico.

—Yo no sé, mis queridos compañeros, decir bonito las cosas; para eso ustedes. Pero óiganme a mi modo lo que hay que decir.....

I en su habitual estilo pintoresco, salpicado siempre de comparaciones, alegorías y paradojas, hipérbolos y refranes, explicaba al cronista, al editorialista, al repórter y al tipógrafo la expresión espiritual y gráfica que al día siguiente debería tener el diario.

Las planas ya venían estrechas. Pues otro paso: ediciones esporádicas primero, habituales después, de 6, de 8, de 10 o más páginas; ediciones extras si se requerían. La prensa bufaba en partos crecientes en número y volumen. ¡ ¡a medio El Grito del Pueblo!

—Amigos; tengo el gusto de comunicarles que he pedido a Estados Unidos un linotipo. ¿Qué es eso? Pues es una máquina que piensa y compone y funde al mismo tiempo. No se alarmen los redactores ni los tipógrafos; su concurso será más indispensable pero su labor más suave.

I con la maravilla que íbamos a ver por primera vez, vino ex-profeso contratado un perito malayo, para armar ese *robot* y para enseñar su manejo.

Un platal! Nuevo crédito, más esfuerzos, otros plazos..... éxito al canto!

El servicio cablegráfico era otra de las obsesiones de Reinel. No podía soportar el estar subordinado a "La Nación" que era la subpropietaria del servicio por contrato con el Gobierno, su dueño por contrato con la Compañía. Un servicio propio, cueste lo que costare y aunque sean diez noticias extras; y así fué. Crecía y crecía en variedad el periódico; noticioso por excelencia, era un exponente comprimido de todo.

Por ese diario pasaron los mejores escritores nacionales y los que venían del exterior, y sus iniciativas influyeron visiblemente traducidas en nuevas costumbres, en sociedad, en urbanización, en culturización y en difusión instructiva entre las masas; y por sobre todo, fué un reformador radical del diarismo y su *modus vivendi* estacionario y flemático, filosófico y presuntuoso, heredero de los cánones de Murillo, Bernal, Calvo y otros respetables patriarcas de la escuela post-independencia.

—Qué les parece, compañeros? Ya está en la aduana el maravilloso cachivache ese. Pero es el caso que ahora no sé en dónde instalarlo. Nos está pasando lo que a un sujeto a quien le regalaron un par de estribos, quien por no desairar al donante hubo de comprar un par de arzones; pero como éstas tenían que colgar de la montura y la montura de nada servía sin el caballo, ni el caballo podía estar sin cuadra y la cuadra en una casa y la casa en un solar, he aquí la cuenta de lo que en veces cuesta un agasajo de lujo. I por esto vamos a comprar el solarcito vecino de la derecha, ¿qué les parece? Al fiado, claro! pero con la garantía de este edificio, que como hermanito mayor y trabajador, aupará al recién nacido para que no muera de mal de 7 días.

Otro tanto del actual! Qué gusto! Qué amplitud! Qué comodidad! Qué lujo! Ahora sí podemos dar de verdad los nombres a nuestros salones, y en el vasto

Salón de Actos de El Grito del Pueblo se efectuarán los primeros Juegos Florales que verá Guayaquil y mantendrá el gran poeta Llona, con premios magníficos para los coronados, orquesta, bufet, y baile si se tercia!

—Todo eso está bueno, pero también hay que no olvidar que nosotros somos servidores del pueblo, cuyo eco somos. Ya no nos alcanzamos para tantas solicitudes y se hace indispensable destinar dos saloncitos para consultorios gratuitos médico y jurídico; un pequeño dispensario y botiquín de urgencia y un ventanillo más para atenciones generales. Ahora una bodeguita para materiales y otros cuartitos para huéspedes, porque ya sabemos que El Grito tiene una copia del estatuto de los Trapenses y otra de los de San Bernardo. Qué vamos a hacer, amigos; el peñón no puede negarse a servir a las aves de paso: Yo mismo fuí golondrina que hice mi nido en este alero y arrieros somos, amigos míos.

—Buéno, y para celebrar, pues, tan dichoso acontecimiento, rebúsquese Ud. hermano limosnero, si han quedado algunos centavos en el cepillo de pobres, para brindar un coctelito a estos amigotes que nos visitan.

El ecónomo era don Teodoro Jaramillo, esencia de la economía y tacañísimo por fuerza, porque Reinel era un derrochador incorregible según él decía, y que no sabía sino girar y girar sin averiguar nunca de balances.

Pero eso de los coctelitos era diario, pues infaltablemente de 11 a 12 del día se agrupaban amigos de El Grito a chacotear con el *paisa*, cuyo único solaz era ese.

—Catai, y a propósito: los hermanos Monclús han tenido la ocurrencia de ponerle nombre de "El Grito del Pueblo" a un nuevo bitter de su invención, que me ha parecido exquisito. Pídanos de ese, amigo Jaramillo; pero no nos ponga esa cara de fiscal, hombre, que voy a quedar desairado ante estos distingui-

dísimos amigos de El Grito. Qué caramba! La vida es bitter y hay que beberla a tragos. Ah! ¡ que nos agreguen unos pastelitos que a esta hora estarán sabrosos. (Los hermanos Monclús, españoles, tenían un vasto salón-bar-pastelería, en donde hoy es la Boticia Alemana).

Para variar el ritmo de este ingenuo relato re-
producimos uno de nuestros saludos al Grito en su
séptimo cumpleaños.

“ 22 DE ENERO DE 1902 ”

Aniversario de “El Grito del Pueblo”

¿Siete años de existencia?
Hipérbole parece
que pueda un pobre diario
siete años existir,
en donde el que no muere
de mal de siete días,
exhibe un buen propósito
y deja de salir.

Siete años de existencia!
¡Jesús y qué sudores
le cuesta a una hoja diaria
llegar a tal edad,
en patria en donde todo
programa de partido
proclama de la prensa
la santa libertad!

Siete años: el que llega
con vida a tales lindes
ese es un veterano,
ese es un adalid,
que en luchas con gigantes,
por defender su pueblo,
merece más elogios
que el gran pastor David.

Siete años: ¡cuántos otros
cayeron en tal tiempo
luchando como bravos,
sin gloria ni laurel!
¡A cuántos en la cuna
ahogaron sus ideales
y cuántos se vendieron
sirviendo de escabel!
Siete años de reproches,
monedas con que el vulgo
le paga al que se expone
al dardo del poder;
en lucha con los propios,
en lucha con extraños,
en lucha hasta consigo
en aras del deber.

Siete años de odisea!
Si un diario en tales tiempos
alcanza a sostenerse
sin mendigar favor:
¡Periódico de lucro!
le grita el egoísmo.
¡Empresa, monopolio
del especulador!

La Prensa, dicen otros,
es un apostolado
y debe quien lo ejerce
vestir saco y bordón;
más: ay! del pobre opóstol
que impetere a sus discípulos
el óbolo, si llega
la peregrinación.

Ingrato apostolado:
si triunfas, ni una palma;
si caes, tu mismo pueblo
te da negro capuz
y no hay más recompensa
al fin de la jornada,
que, apóstol de judíos,
morir en una cruz.

LA CASA DE TODOS

Se fundaron los consultorios prometidos. Tan encariñado estaba el pueblo con su Grito, tanta fe le tenía como el eco sincero de sus clamores, como el abogado de sus causas, como el agente de sus menesteres, como el consultor de sus cuitas, el dirimente de sus cuestiones, el amigable componedor de sus queréllas, su paño de lágrimas, en fin, que con la confianza de hermano o de pupilo, acudía a él para todo.

—Deja, no más, que como me falte el aguante, voy y se lo digo al Grito.

—I qué se cree usted, que nosotros los pobres no tenemos también quien nos defienda? Mañana mismo se verá en El Grito con retrato y todo.

I por necio o descabellado, por infantil o malévolos que el chisme fuera, todo se acogía con bondad y atención de asunto interesante, para luego de pasar por el tamiz del buen sentido, ver si se le daba curso o no.

Los consultorios se llenaban y no eran pocas las recetas que salían también *contraseñadas* para alguna botica a ser despachadas con cargo al Grito. Cómo no quererlo? Si él daba con su venta el pan diario a cientos de hogares pobres; si él había creado oficio honroso a docenas de pilluelos sin quitarles sus horas de escuela; si él creó fiestas especiales de alegría, hartura y vestido para los niños del arroyo; si él era el Santa Claus de Nochebuena, el san Silvestre de cabo de año; uno de los Magos del día de Reyes para sus hijitos sin dinero?

I en verdad, era de ver cómo gozaba el bueno de Reinel cuando auxiliado por su personal del Grito, en largas mesas, frente al depósito de la Salamanca, unas veces, frente al Grito otras, reía, gritaba

dominando el bullicio infantil para decirles: —En orden, pues, pibes; que para todos hay! A ver, por tallas, cada uno su vestido! Caramba! I qué bien estás tú de marinero, negrito! I, tú, pareces un *barman* de abordo? Sabes que es eso? No? Bueno, mañana te lo explicaré; por ahora vete afuera a esperar la hora de los dulces y refrescos. —Venga, niñita. Qué linda trigueña; tú vas a hacer mucho daño con esos ojos. Así, ¿no parece una holandesa? A ver, tú pelele, te vamos a vestir de militar, pero no para que hagas revoluciones.

A ver, el suyo, señora. Ese niño está enfermito. Llévelo mañana al consultorio del Grito. Cúdelo, señora; que no sabemos si más tarde ese va a ser Gobernador del Guayas o diputado o canónigo.

—Viva el Gritoo!

—Bueno, que viva y vivan ustedes también para que luego de venderlo ¡a medio el Grito! Lleguen algún día a escribirlo. Música, maestro, para que bailen los fantochitos! I ahora..... sus!

I lanzaba puñados y puñados de confites y otras golosinas, y todo el personal, jarra y vaso en manos, iba repartiendo refrescos variados entre la aturdidora algarabía de los arrapiezos.

—Que viva el Grito del Pueblo! Vivaaa! Viva el señor Reinel! Vivaaa!

—Gracias, niños, gracias a todos. Sí, que viva, ojalá. De ustedes depende que viva para que vivan ustedes. I patatín, patatán! Deles música, maestro, hasta que no haya quien baile. Abur!

Tres o cuatro eran estas ferias, kermeses, sorteos y concursos en el año, exclusivamente para niños del bajo pueblo. Las raíces del Grito eran ya como de un árbol para vivir siglos, porque estaban profundamente agarradas en las entrañas del pueblo y sus ramas tocaban con todos los planos sociales en escala.

—Caballeros, les comunicaré que ya vamos a tener el solar de la esquina de Escobedo!

—Qué dice?

—Como lo oyen. Caramba! Si es que ya el amigo Moya no quiere fiarnos la comida, y como el crédito lo hemos perdido donde Piatti y monsieur Tallet, estos les han pasado aviso hasta a los chinos. Canejo! I todo por culpa de este Jaramillo que cree que nosotros pensamos en guardar cobres. No, señor. Esto es como las huertas frutales de Lima. Adentro, hasta empiparse, pero afuera no salen ni las cáscaras ni las semillas. Lo que se ha hecho aquí, aquí ha de quedar, porque lo que es del César al César vuelve. Ni oro ni plata; acero, hierro, plomo y cobre; eso es lo que acumulamos en esta fortaleza contra la ignorancia, la tiranía, la injusticia y otras virtudes no teologales. Con estotro solar tendremos un restaurante y un bar propios para nuestro uso y consumo. Así ganaremos tiempo y comeremos más barato y a gusto ¿Qué les parece?

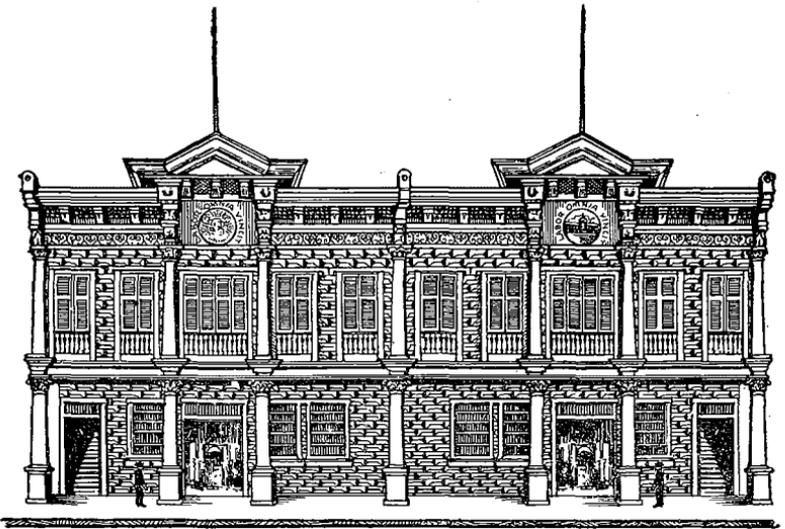
—Bravo, hombre; bravo! I todo en casa.

—Sí..... pero lo que temo es que en casa queden solamente los vales. Suelen haber cofrades que se propasan..... y..... como nunca faltan comensales honorarios.....

—I ya le estoy dando codazos al vecino señor Valenzuela por su casa esquina de Chimborazo. Yo tengo mi pinta de jesuita y donde afinco el clavo, a la larga levanto el claustro. A mí me da el pálpito de hacernos de toda la manzana.

—Pero hombre, qué agallas!

—El pueblo crece, camaradas, y para gritar le irá quedando chica la boca. Si llegamos a ver de frente el costado de la Catedral, les garantizo que llamaremos al "Times" para llevarlo de la mano con un gorrito de papel.



Edificio de
"EL GRITO DEL PUEBLO"

El solar se adquirió y el restaurant fué realidad. No es esto admirable? No es aplaudible, digno de conmemorarse, de conservarse en la historia de Guayaquil? Eso hace la pobre voz de este Cronista y cree que hace justicia.

Pan y abrigo: ahora era verdad irrefutable el lema. Cuántos habían hecho fisga de esa habitual frase de Reinel, tan justificada!

COMO ERA LO DEL PAN Y ABRIGO

—El señor Reinel?

—Sí, señor, si mal no recuerdo.

—Pues señor..... es el caso que yo me he quedado en este puerto sin pensarlo y.....

—Ya. Habrá viajado usted muy incómodo en la bodega, no?

—No señor: yo compré mi pasaje pero es el caso.....

—Sí, que se le quedó en Panamá con el equipaje. Así sucede frecuentemente en los viajes precipitados. Pues..... ha hecho usted bien, mi querido turista de venir a buscarse aquí un refugio, porque quizá a estas horas lo echen de menos a bordo. Bueno, y en qué podemos servirlo?

Ya Reinel había psicomedido al tipo. Una mirada vertical, otra al entrecejo, y ya estaba! Ese hombre no era un hampón. Un bohemio, un atorrante, un chiflado..... cualquier cosa, pero no un facineroso; algo aprovechable guardaría en el fondo; ya veremos.

—Pero es que yo tengo.....

—Sí; hambre. Usted tendrá un pan, amigo; pero el pan hay que ganarlo según la ley eterna que dictó el primer congreso de los desocupados que el Padre Adán convocó allá, fuera de las tapias del Paraíso. Usted dirá, pues, qué sabe hacer para ver si podemos aprovechar su industria. Del hombre al infusorio la ley es una; creo que el señor Darwin descubrió eso en Galápagos, para honra nuestra. I como somos tantos en la busca, hasta los microbios han tenido que especializarse en sus trabajos y dividirse en legiones.

—Pues la verdad es que..... en fin, señor..... Yo seré capaz de hacer pajaritos de oro.....

—Magnífico! Ya tiene usted dos grandes cualidades. Con ellas puede ir muy lejos. Usted es poeta por lo de los sueños de oro, y es artista por lo de los pajaritos. Bueno, pues, tome Ud. esta tarjeta y vaya con ella a nuestro restaurant a que le den una modesta sopita y algún piscolabis. En el segundo piso está el baño y en el tercero dígame al portero que le dé el cuarto N° 7, de dos camillas, en donde compartirá la estrechez con otro compañero que nos llegó hace cinco días y que creo va a ser su complemento, porque él trabaja las jaulitas para los pajaritos de oro que Ud. trae en la cabeza. I ya veremos por dónde los encauzamos a los dos. Estrechico es el alojamiento, pero..... lo mismo da viajando caro en los camarotes de la P.S.N.C.

—Mil gracias, señor Reinel.

—De nada, amigo; arrieros somos..... I hoy por tí, mañana por mí.

—Otro?

—Tengo el raro honor de hablar con el ilustre paisano señor don Federico Víctor Reinel?

—Por lo de Reinel acierta Ud. si no estoy a mi vez mal informado. Lamento que lo demás me lo asigne Ud. de circunstancias. Por lo que veo Ud. es.....

—Del Soberano Departamento del Cauca, nada menos, paisano, y sé que usted.....

—Fuí del Tolima, sí, desde 9 meses antes de nacer, según me dijeron después. Pero de eso hace sus días..... y está muy lejos en el tiempo y en la geografía.

—Pues yo soy pariente cercano de.....

—Sí, ya; de los Caro, los Arboleda, los Camargo, los Cuervo, probablemente.

(Ya estaba catado el hombre por la mirada ultravioleta de Reinel).

—Precisamente soy Cuervo por mi madre y Ladrón de Guevara.....

—Sí, ya lo presumía. I ha sido Ud. diputado, rector de alguna universidad, candidato a la Presidencia, héroe de Palo Negro y actual General y doctor en derrota en ambas carreras. Colombia es así, muy injusta con sus mejores hijos; pocos somos los inútiles que nos escapamos por mataperros y aventureros. I ¿qué tal? Usted buscará trabajo, por supuesto!

—Trabajo precisamente, no, porque espero pronto unos giros de Panamá. Quiero no más que Ud. me garantice unos días de un buen hotel.....

—Magnífica idea, mi amigo. Pues..... sabe usted? Que por parte de sus estimables padres podría usted ser todo lo que dice, pero me parece que por cuenta suya es usted un notable inmigrante del que talvez tenga que ocuparse El Grito en una de sus más coloridas secciones.

Quizá el hombre no entendió este eufemismo o era de los muy dueños de sí, que no se inmutó y antes bien salió por otro atajo.

—Bueno, pues; sé que en esta casa podrían también alojarme, y yo hasta eso aceptaría por lo pronto.

—Ajá! Mire, mi amigo. Su buena suerte me pilló de buen humor. Pues sepa Ud. que en esta colmena no hay zánganos. Yo soy la abeja portera y mi oficio es impedir la entrada de todo bicho que venga a alterar nuestro ritmo. Conque, ahueque, mi señor, ahueque y..... Ah! pero como a esta puerta nadie llama sin llevar algo, tenga Ud. estos dos billeticos que le servirán para dos días de frugal alimento en nuestro restaurant en cualquier tiempo. I un consejo, paisano: los colombianos tenemos aquí mala fama; cuide Ud. de ser un factor en desmentirla.....

Reinel tenía el ojo de Guillermo Tell. A los pocos días el paisa éste fué figura de la crónicas de policía y acabó por ser expulsado por pernicioso. En tanto el de los pajaritos de oro resultó un excelente mozo, buen corrector de pruebas, dueño de buen inglés, traductor de cable, activísimo repórter y distinguido estudiante de Bogotá, fugado de su casa —con un manotazo de dinero, eso sí —de la caja paterna— con una cómica que tras muchas aventuras lo dejó plantado y *bruja* en Barranquilla. A poco vinieron cartas al Cónsul; perdón, reconciliaciones; retorno al hogar, gratitud suya, nuestro alegre ágape de despedida..... Hoy es un personaje público en su patria.

I aquí el más pintoresco de estos episodios que hemos reconstruido más o menos para dar la característica de lo que fué esa empresa falansteriana de Reinel. Nos tocó papel principal en ese sketch. Estaba Reinel enfermo y nos correspondió subrogarlo. Llega uno de tantos. Joven, vigoroso, simpático, mundano, desenvuelto, maltratado el traje pero llevado con hábito de buen vestir. En fin, tipo atrayente y un esforzado a rápida vista.

Hambre, aventuras, trabajo..... lo de siempre. I nosotros, muy en pose de licenciado ante su primer diagnóstico, soltamos algunas de las de Reinel; pero la misma abundancia de características nos

hizo ver uno de esos truhanes bien dotados trotamundos. Mas como el hospedaje y la colocación en la casa eran potestativas sólo de Reinel, nos limitamos a:

—Bien, estimable señor..... (el nombre de este caballero extranjero figuró después honrosa y mercedamente en el Ecuador) —lo más que por ahora podemos hacer en su servicio es ofrecerle nuestra modesta mesa en el restaurant del Grito. Estas dos contraseñas le servirán a Ud., para dos días, en los cuales esperamos verá Ud. mejores horizontes.

—Muchísimas, gracias, señor. No olvidaré nunca este favor. Tenga Ud., mi tarjeta por si acaso alguna vez volvamos a vernos, y ojalá..... ojalá.....

No volvimos a saber de él. Años pasaron. Reinel enfermaba; sus ausencias a Lima eran frecuentes y prolongadas. El Grito decaía, decaía..... Su cumbieron empresa y empresario..... Volvió Reinel, intentó resucitar su empresa..... Imposible! Sus émulos prosperaban. Las nuevas modalidades por él implantadas eran ya práctica común e indispensable del nuevo diarismo. El fotograbado, su malogrado sueño, era ya elemento nuestro. Su vieja guardia, sus mosqueteros, servían en otras filas. Capitales, elementos, energías..... faltaban ya, sobraban años. Imposible recomenzar! Se marchó decepcionado, marchito..... Volvió, por los años 1915, etapa última que relataremos luego.

Reinel, genio y figura hasta la muerte, convidaba todavía sus últimos coctails a los amigos que le quedaban. Estábamos en el salón Roma, esquina Luque y Pedro Carbo: Reinel, el doctor Eduardo López, doctor San Miguel, Carlos Luis Noboa, Enrique Cueva y algún otro. De pronto, de una mesa lejana, se alza un caballero que con los brazos abiertos corre gozoso a la nuestra gritando:

—¡Reinel! Chávez Franco! Hola, Noboa! López! Amigos todos! Qué suerte hombre; qué suerte! No sabía que estaba Ud. en Guayaquil, señor Reinel! Venga un abrazo para Ud. y otro para Chávez. Dis-

cúlpenme, amigos; pero es que tengo yo una deuda muy grande con estos dos amigazos y ya la sabrán ustedes en la mesa, pues quiero me hagan el honor de acompañarme al almuerzo. Qué dicha hoy la mía, hombre!

Reinel estaba turulato. Conocía, sí, de nombre al invitante, lo conocían todos; pero nadie se explicaba tales transportes de alegría y qué era lo de la tal deuda. Solamente yo vislumbraba algo, pero no atinaba lo de la gran deuda para con Reinel y yo.

Los modestos coctails acabaron en alegre banquete champañeadado. La incógnita era defendida tenazmente por el anfitrión hasta su momento oportuno, decía él. I fué en uno de los brindis finales del champán, que el señor don..... sacando de su cartera una tarjeta cuidadosamente guardada en un sobre, nos dijo:

—Señores: El año..... tal, llegué a este hospitalario país, echado por la tiranía insoportable del mío, en donde hasta el patrimonio de mis padres había sido robado. Llegué pobrísimo y sin conocer a nadie. No pensé ni en mi cónsul; la tiranía perseguía a sus enemigos hasta en el exterior y nada habría obtenido. Fuí al Grito del Pueblo a pedir el socorro de un aviso gratuito anunciándome en mi profesión. Pero al llegar supe que el señor Reinel estaba enfermo. Me recibió Chávez Franco, y, o no me atreví a pedir el aviso o él se precipitó en ofrecermelos boletos para el restaurant que ellos tenían. Duro el caso, mis amigos! Pero.... *necitas caret lege*. E hice buen uso de una tarjeta. La suerte me llevó donde un buen compatriota que me encaminó por mis actividades. Largo de contar. Diez años de rudo trabajo. Zaruma..... Minas..... Ferrocarril..... Agricultura..... Matrimonio, hogar, felicidad..... Qué más! Una de esas tarjetas del Grito me dió las energías de las 24 horas que necesitaba mi suerte para arreglar el programa. La segunda tarjeta es ésta, amigo Chávez Franco. La reconoce usted?

—Exacto! La misma!

—Pues la guardo como mascota y siempre soñaba en la ocasión de retornar esa comida que marcó el episodio más patético de mi vida. Pero venía y vengo tan poco a Guayaquil, que sólo llegué a saber con pena infinita la suspensión del Grito y la ausencia del gran Reinel.

Las sorpresas de la vida! Pobre Reinel! Creo que fué esta la última de sus satisfacciones en el palenque de sus bravas luchas y sus grandes triunfos.

—Conque éste había sido de los *nuestros*, no? Vaya, hombre! Buena mano la suya, amigo Fritz —me decía Reinel cuando salíamos medio *mameyes* del banquetazo.

—Sí; pero metí la pata en el diagnóstico, mi amigo. Me pareció que tenía demasiadas buenas cualidades para ser un hombre honesto. Para esos análisis certeros, sólo usted, Reinel, sólo usted.

LA ZAPA

Ya es de suponer que una empresa así y un director así tendrían prestigiosos enemigos, y más de una vez se explotó con éxito su calidad de extranjero para acosarlo y desterrarlo en esperanza de que esos interregnos debilitaran el impulso de ese tanque blindado que diríamos hoy. Pero los verdaderos autores que en pleno uso de nuestros derechos éramos los *gritones*, quedábamos haciendo equilibrios para no agravar la situación del Jefe, hasta que pasado el chubasco regresaba a la trinchera con nuevos recursos para rabia de la impotencia. Cuántas veces tuvimos que andar de ceca en meca buscando escondrijos para Reinel, ya en una viejísima y alaberrintada casa del Callejón de los Trapitos, ya en ese Barrio de los Milagros, de Villamil, ya en casa del buen amigo el maestro Aibar, en unas covachas del doctor Cortés García, donde el compadre Pasaguay, por el Salado.....

En uno de los circos yanquis que entonces venían, exhibíase como número admirable un pintor *relámpago*, que a vista del público hacía un cuadro en tres minutos. Se llamaba *Graves* ese pintor; pero tras de sus improvisaciones que daban el pan diario al bohemio, estaba el artista de vigoroso pincel y de conciencia estética. Pasó, naturalmente, por el tamiz del "Grito", y de sus paredes colgaron hasta sus últimos días varios admirables cuadros de *Graves*, especialmente sus insuperables *marinas*.

Se fué *Graves*, se extinguió el Grito, murió *Graves* y luego supimos que los cuadros de ese artista alcanzaron y alcanzan aún altísimos precios en Norte América, su patria.

Llegaron después dos aves misteriosas. Eran rusos o algo así. Llamaban N. Baron el uno y Basilli Washilchensko el otro. Muy buenos pintores los dos. La primera puerta, el Grito; el primer auxilio el del Grito.

Son artistas? Pues a decorar el Grito. Embarren ustedes toda superficie. I el Grito quedó hecho un mosaico, una exposición, una colcha de bregué, un caleidoscopio pero de paisajes y otras pinturas admirables con las que no quedó espacio para la llema de un dedo que no fuese decorado. Creemos que hasta hoy quedan vestigios en el viejuco local de "La Carcajada", que en el local ha sucedido al Grito. Paradojas de la vida! Ese local en donde otrora gritaba la prensa, esa sede de luz y lozanía, hoy ríe a carcajadas en el triste y destartalado edificio, como reiría una viejecita decepcionada de la vida, ante los escándalos modernos, con su faz arrugada, su boca sin dientes, su escasa cabellera en desgreño.

Aprended, flores, de mí,
lo que va de ayer a hoy.....
Ayer hermosura fuí,
hoy sombra mía no soy.....

Los pintores del cuento parece que pintaban unas cosas y hacían otras. Lo cierto es que a poco estuvieron envueltos en un sonado asunto de misteriosa muerte de un señor Figallo, italiano, dueño de una tienda en la esquina de 9 de Octubre y Chimborazo. I desaparecieron.

Una vez vimos a Reinel fuera de sí. Su ecuanimidad, su estoicismo tuvieron una crisis de ira. Existía la única Compañía Inglesa de teléfonos en esta ciudad de las exclusividades tiránicas. Su servicio era repésimo ya como toda empresa en decadencia. Intolerable y de día en día más exigente y déspota hasta la grosería. No sabemos qué tiquismiquis tuvo con Reinel, pero lo que oímos y vimos nos dirá de su magnitud.

—Ah, sí? Pues ahora mismo van ustedes a mandar a recoger su cachivache de media calle, so..... tales! I a fé de Federico Reinel, ca.....ramba! que mañana tendré formada una nueva Compañía de Teléfonos que acabe de sepultarlos a ustedes y libre a Guayaquil de la grosería de estos explotadores sin pizca de escrúpulos ni de vergüenza! A fé de Reinel!

I zás! de dos tirones vigorosos, aparato y alambres salieron de cuajo y como una bomba de mano fué a rebotar en media calle. Trémulo y pálido todavía se encerró en su despacho y comenzó su obra.

!!Nueva Compañía de Teléfonos!!

Al alcance de todos el servicio!

Acciones de S|. 100, pagaderas a 10 por semana! No habrá acciones mayores a fin de que con cada acción haya opción a un teléfono!

Más o menos fué la propaganda. El público acudía con tan buena garantía. Los agentes colocadores eran por cientos, y al poco tiempo vino Mr. Cardon, técnico de instalaciones telefónicas y se fundó la Compañía Nacional de Teléfonos que hoy sufrí-

mos con los mismos achaques de vejez de la inglesa. Otra obra de Reinel que ya caduca como el un tiempo lozano, animado, alegre y popular edificio del "Grito del Pueblo".

Algo más dejó este maestro de energías como una estela y recuerdo de su vida entre nosotros: Nos dejó unos pocos, muy pocos discípulos, porque muy difícil es formar apostolado de ese tipo. Para ello es necesario nacer con los gérmenes característicos y desarrollarlos en lento cultivo de duras disciplinas y experiencias. Pero como para conservar la simiente basta un buen ejemplar, esta Crónica se satisface con citar ese uno por notorio. Es otro *pioneer*, perfecto trahunto del hombre que se hace a sí propio, el *self help* de los ingleses. Fue uno de los repórters de El Grito que como brevet honroso él mismo noblemente lo proclama y lo pregona también su obra a nuestra vista: don Jacinto Jouvin Arce, propietario de los grandes y múltiples talleres poligráficos "La Reforma", quien, más feliz o acertado que Reinel, ha realizado en el ramo los ideales que el otro malogró, fuere por su enfermedad, fuere porque las bases de Guttemberg y sobre las que ambos alzaron sus castillos, el primero dedicó la suya al ingrato y azaroso apostolado del periodismo, en tanto que el otro utilizó la suya para el servicio público en el aspecto del graficismo comercial. Al señor Jouvin le hemos oído recordar con gratitud entusiasta y añorosa los consejos de Reinel cuando el jovencito repórter y estudiante, oyendo ya las voces de su futuro, empezaba a recoger los primeros elementos rudimentarios de lo que más tarde, sin descuidar su carrera de Jurisprudencia, le habrían de hacer dueño y señor de una de las mayores y más actualizadas instalaciones gráficas del Ecuador, y uno de los elementos sociales de múltiples prestancias.

I he aquí los párrafos ofrecidos de nuestra Historia General del Cuerpo de Bomberos de Guayaquil. 1537 — 1937.

Para cerrar esta mal deshilvanada madeja de confusos y ya inasibles recuerdos, reproducimos los siguientes párrafos que en nuestra "Historia General del Cuerpo de Bomberos", que está lista para no publicarse nunca, probablemente, dedicamos a Reinel, en recuerdo de su actitud y la obra de "El Grito del Pueblo", a raíz del inolvidable gran incendio de 1896.

...."Pero desgraciadamente no pudo realizarse nuestro deseo: De "El Grito del Pueblo", que fué el único diario que quedó fuera de la zona del incendio, uno de los más activos y ricos en la información de esa época, y en la cual tuvo el honor de ser redactor en esos sus albores de vida de publicista el autor de estas Crónicas, en la magistral compañía de dos campeones notables de nuestra Prensa: don José Antonio Campos, su más querido y viejo camarada en estas lides, y don Manuel F. Horta, escritor portugués de grato recuerdo siempre en este plano; don Vicente Paz Ayora y don Juan José Aguirre, sus contemporáneos, y otros buenos compañeros de escuela, que militábamos bajo la insuperable dirección de visión práctica del para nosotros inolvidable amigo y mentor don Federico V. Reinel, uno de los heraldos del diarismo, a quien mucho deben las modernas faces de su desarrollo en el Ecuador: prototipo del diarista, que bien y mucho se merece, a falta de un busto siquiera en los salones de honor de alguno de los mejores diarios, sucesores o émulos, -el pobre recuerdo que aquí le dedica este Cronista.

"Pues ni ese único relato de "El Grito" nos queda, porque la colección de que hemos podido disponer está trunca precisamente en los números correspondientes a los días del 5 al 8 en que probablemente nadie se cuidó de repartirlos ni de reclamarlos o guardarlos en esa balumba y esa carencia de locales, sin embargo de que nos consta, pues fuimos sus redactores, que ni un momento se abandonaron nuestras labores más que nunca indispensables para el público, a pesar de que varios de nosotros perdíamos en esas horas nuestros hogares o muebles y tuvimos que acomodarnos (o incomodarnos) por algunos días

en los talleres, aun durmiendo debajo de sus prensas o los chivaletes.

“La orden de Reinel era enérgica y humana: “Compañeros, —nos decía— este es nuestro refugio y aquí estará nuestro pan. Estemos firmes y confiados. Si la desgracia nos llega, que no lo creo; si por una puerta entran las llamas, por otra saldrá a distribuirse nuestro Grito, que no será el último, por cierto”.

“Qué ánimo de hombre! Qué empresario ese! Amigo generoso y espléndido, desprendido, infatigable, titánico y dinámico, rico en recursos y arbitrios rápidos, en sugerencias e innovaciones. Un ultrasocialista que nada reservaba para sí: —“Esta casa es de todos y el pan es de todos los que lo amasamos”, era su lema y su frase favorita.

“Enfermó; hubo de ausentarse al Perú; se desequilibró todo y la empresa que habría llegado a colosal se desmoronó y tras pocos lampos se extinguió..... Regresó años después, atleta maltratado, pero idealista no vencido, en pos de proyectos irrealizables ya para sus energías, y todavía, siempre optimista y fêstero, gozaba obsequiando a sus amigos con sus últimos cobres, como en sus mejores tiempos..... Pobre Reinel..... Bien se merecería sobre su lápida esta leyenda: *Vitam impendere bonum*.

Su viejo amigo el ya Presidente del Perú, señor Leguía, le proporcionó en Lima una instalación para un periódico..... y allá murió, en no todavía avanzada edad, ese maestro de energías, pobre y dispendioso, como había vivido.....

“I los lectores perdonarán esta digresión, que es un tributo a otro benemérito, del autor que a tantos beneméritos ha recordado”.

I para que esto no termine en prosa de tristeza, insertamos nuestro último saludo al Grito, en su XV aniversario, año vísperas de su extinción precisamente (¡quién habría de pensarlo!).

AL "GRITO DEL PUEBLO"

En su XV Aniversario

Narrador incansable! Cuánto has dicho
en tres lustros de hablar sin una tregua!
Conjunto de la vida de una urbe:
Cuánto has vivido tú! Toda una era!
Por tus cien ojos de Argos cuántos hechos
simultáneos y múltiples conservas!
Qué millares de bocas han hablado
al mismo tiempo por tu ubícua lengua!
¡Cinema colosal: si tu película
desarrollaras hoy ¡qué de sorpresas!
Oh, dueño de la Iliada de tres lustros:
son tus relatos toda una epopeya!
Conjunto de la vida de una urbe:
Cuánto has vivido tú ¡Toda una era.....

Eres uno y legión, pequeño y grande,
¡Oh débil invencible, que te agitas
en vértigo al nacer; y al recibirte
tu férrea cuna de titán..... crepita!
Sapiente universal, es tu cerebro
el resumen de todas las vigilias,
y ese acerbo es tu sér y tu carácter,
mudo admirable, que sin voz dominas.
Tú eres juez y fiscal y sacerdote,
y confidente, canciller y guía,
y Evangelio y Oráculo e Historia;
Veda para unos y para otros Biblia.

Tú, el ingenioso carretel de Ariadna
tienes en la maraña de tus líneas;
en él sin confundirse se entrecruzan
del social laberinto muchas vías.
Tú sabes los anhelos, los rubores,
las lágrimas, los cantos y las risas,
las blasfemias, falacias y noblezas
que al pasar por tu campo, peregrina,

dejó la multitud tras de sus huellas
sobre la blanca superficie tintas.
Tú conoces la intriga del palacio,
conoces del corrillo las malicias,
tú conoces los cuentos de comadres
y el burdo comentario de cocina.
Oh, sabio universal, es tu cerebro
el resumen de todas las vigalias!
Omnígloto orador! Cuánto has hablado
al mismo tiempo por tu lengua ubicua!
Eres uno y legión, pequeño y grande
oh, frágil invencible que te agitas
en vértigo al nacer, y al recibirte
tu férrea cuna dé titán..... trepida!

Tú sabes del que es hoy, lo que antes era;
del que finge carácter ves el fondo;
tú guardas los disfraces que vistieron
los que en secreto rinden culto a Momo.
Tú llevas el registro de las crisis
por que pasa la psiquis en el globo;
a tu diaria revista nadie falta
ni tu nota indeleble borra el oro.
Tú sabes la verdad de las mentiras,
y la verdad que de mentira es biombo;
tú guardas los disfraces que vistieron
los que apostatan de su culto a Momo.

Eres Leteo que llevas en tus linfas
disueltas sin perderse ni una sola,
las pasiones de aquellos que en tres lustros
pasaron tus orillas y tus ondas.
Ellos quizá olvidaron, no recuerdan
que es tu caudal acopio de memorias
y cuando la Sanción alza su vara
y conjura a los genios de la Historia,
las letras surgen y las vidas quedan
sobre tu blanca superficie todas.
Esfinge inamovible ¡cuánto has visto!
Tras tu inmutable faz, cuánto atesoras!
Cuántos, si a interrogarte se atrevieran
no fueran aterrados por tu cólera!
Esfinge sin enigmas. Hoy tus temas
sólo para el menguado tienen sombras;

partos tuyos no son, sino el archivo
en el que guarda cada cual sus obras.
Cínicos hay que intentan ser Edipos,
Edipos de sainete que no afrontan
con frente altiva la respuesta llana
de la social conciencia por tu boca;
cuántos si a interrogarte se atrevieran
no fueran fulminados por tu cólera!
Libro de los Destinos, libro abierto:
Cuán pocos pueden revisar tus crónicas!

Cuántos que ven tus páginas postreras
aniquilar quisieran las remotas!
Feliz quien desde el prólogo pudiera
con mano firme desplegar tus hojas.
Narrador incansable, cuánto has dicho
en tres lustros de hablar hora por hora!
Conjunto de la vida de una urbe:
cuánto has vivido en existencia corta!



EPITAFIO:

1895—1911

16 años — Vida fértil, obra fructífera.

Unico beneficiado — El Ecuador.
